

TfmMateoCerdán

por Mateo Cerdán López

ARCHIVO	92828_MATEO_CERDAN_LOPEZ_TFMMATEOCERDAN_1651689_304018804.PDF (533.44K)		
HORA DE LA ENTREGA	08-MAY.-2020 07:16P. M. (UTC+0200)	NÚMERO DE PALABRAS	10642
IDENTIFICADOR DE LA ENTREGA	1319595826	SUMA DE CARACTERES	56103

Mateo
Cerdán
López



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA


Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

**INFLUENCIA DEL ROL DE GÉNERO EN EL MANEJO DEL CONFLICTO EN PAREJAS
HETEROSEXUALES Y HOMOSEXUALES**

INFLUENCIA DEL ROL DE GÉNERO EN EL MANEJO DEL CONFLICTO EN PAREJAS HETEROSEXUALES Y HOMOSEXUALES

Autor/a: Mateo Cerdán López

Director/a Profesional: Vanesa Lara López-Agrelo

Director/a Metodológico/a: María Cortés Rodríguez



MADRID | Mayo 2020

Resumen

Uno de los patrones de comunicación más estudiados en la pareja es el de demanda y retirada. Esta dinámica cíclica de comunicación y de manejo del conflicto se da cuando uno de los miembros de la pareja intenta participar en una discusión recurriendo a las demandas emocionales mientras que el otro se retira evitando la discusión. Una de las características de este patrón es la tendencia de las mujeres a demandar y de los hombres a retirarse, existiendo distintas teorías que explican estas diferencias de género. El objetivo principal de este estudio es el de demostrar como estas diferencias de género se deben a la construcción social del mismo y no a diferencias inherentes de hombres y mujeres estudiando el patrón en parejas de distinta orientación sexual. Se seleccionó a una muestra compuesta por 50 parejas heterosexuales y homosexuales, 100 participantes a los que se les aplicaron dos instrumentos: el Bem Sex Role Inventory (BSRI) y el Cuestionario de Patrones de Comunicación (CPQ). Los resultados obtenidos rechazan parcialmente las hipótesis realizadas encontrándose relación entre actitudes de retirada tanto con el rol de género como con el sexo y no encontrándose relación entre estas variables y la demanda. Se discute tanto la necesidad de estudiar este fenómeno desde una perspectiva multicausal teniendo en cuenta diversas variables, como la complejidad del concepto género para operativizarlo de una manera precisa.

Palabras clave: pareja, demanda-retirada, rol de género, orientación sexual

Abstract

One of the most studied communication patterns within a couple is the demand-withdraw one. This cyclic communication and conflict management dynamic takes place when one of the members starts an arguments using emotional demands while the other responds withdrawing and avoiding the conflict. One of the main features of this pattern is the tendency of women to demand and men to withdraw so there are different theories to explain this gender divergency. The aim of this study was to demonstrate how this gender differences were product of gender social construction and not due to inherent differences between men and women hence studying this pattern in different sexual orientation couples. A sample of 50 heterosexual and homosexual couples were selected and were asked to completed two questionnaires: the Bem Sex Role Inventory and The Communication Patterns Questionnaire (CPQ). The obtained results rejected partially the hypothesis as there was no relation found

between demand behaviour and the gender role or to sex but it was found between these two variables and withdrawal behaviour. The need to study the demand-withdraw pattern as a multicausal phenomenon is discussed as well as the complexity of the concept of gender to precisely make it operational.

Key Words: couple, demand-withdraw, gender roles, sexual orientation

La pareja

Existe la necesidad innata de formar y mantener al menos una cantidad mínima de relaciones interpersonales. El ser humano, independientemente de su cultura, está impulsado naturalmente al establecimiento y mantenimiento de lazos afectivos; el contacto social con una persona íntima a largo plazo proporciona una serie de satisfacciones, incluido el sentido de pertenencia, que no están disponibles en las interacciones con extraños o conocidos (Baumuster y Leary, 1995).

Es por esto por lo que una de las grandes ambiciones de los seres humanos es la de fundar una relación significativa con un otro valioso donde poder verse reconocidos: la pareja (Acevedo y Restrepo, 2010). Esta relación diádica es considerada una de las principales fuentes de felicidad y bienestar (Graham, 2008) y cuando se da de una manera satisfactoria, ambos miembros gozan de mejor salud, calidad de vida y bienestar familiar (Gottman, 2000).

En la díada, la comunicación simboliza el medio para que los miembros expresen apertura, apoyo y aceptación y la confirmación de que son personas dignas para establecer una relación íntima de pareja. Además, mediante la comunicación se facilita la asignación de funciones y papeles, la organización en la pareja, así como una visión conjunta del mundo (Fitzpatrick, 1988 citado en Sánchez y Díaz-Loving, 2005).

Los individuos implicados en una relación cercana a menudo desarrollan patrones de interacción consistentes y repetitivos. Algunos de estos patrones, como los de apoyo, son satisfactorios para los miembros de la pareja y funcionales para la relación, pero inevitablemente en la interacción, surgen diferencias en las necesidades y deseos de los miembros y si estos carecen de las habilidades para negociarlas de manera positiva se dan secuencias de conflicto que se tornan angustiantes y disfuncionales para la pareja (Sullaway y Christensen, 1983) haciendo que se presenten incapacidades para reconectarse emocionalmente y disolver los círculos viciosos en los que se ve involucrada dicha relación (Crawley y Grant, 2005).

En el estudio de las interacciones en la pareja se diferencian dos tipos de patrones de comunicación: aquellos en los que los miembros asumen el mismo rol o parecido, (patrones simétricos), y aquellos donde los miembros toman roles diferentes u opuestos

(patrones asimétricos). Estos últimos, pueden ser satisfactorios y funcionales para la pareja o pueden causar diferencias que la polaricen causando malestar (Sullaway y Christensen, 1983). Así pues, esta investigación se centra en la influencia del rol de género en un estilo de comunicación asimétrico denominado patrón de demanda y retirada en comparación en parejas de diferente orientación sexual.

Los roles de género

Ante la pregunta ¿qué es ser realmente hombre o mujer más allá de nuestro sexo biológico?

Rocha-Sánchez y Diaz-Loving (2005), al respecto, señalan que ser varón o mujer tiene algo de natural, pero es más bien resultado de un proceso psicológico, cultural y social por el cual el individuo se identifica como perteneciente a un género, en función de lo que cada cultura establece.

Bonilla (1998) define el género como una composición simbólica que cuestiona el dictum reduccionista de la biología interpretando las relaciones entre hombres y mujeres como construcciones culturales, que surgen de la imposición de significados tanto sociales como culturales y psicológicos a las diferencias sexuales. Es decir, en función de la sociedad y cultura en la que el individuo se desarrolle este se construirá de una manera con respecto a unas expectativas generando comportamientos, creencias y actitudes diferenciadas según el sexo creándose así roles de género (Alzás, Galet y Felipe, 2016, p.76).

Culturalmente existen estereotipos para el modelo varón-mujer: así, el hombre es presentado como “activo” debiendo ser duro, fuerte, agresivo, independiente y valiente mientras que la mujer es vista como “pasiva” tendiendo a ser más vulnerable, débil, amable, cariñosa, dependiente e inmadura (Recio y López, 2008).

Y es que, siguiendo a Fernández (2011), en un primer momento, cuando aun no se contaban con teorías relativas a la masculinidad y feminidad estos dos conceptos eran considerados como completamente bipolares, opuestos. Es decir, la presencia de masculinidad obligaba a la ausencia de feminidad y a la inversa. No fue hasta la

elaboración de los primeros instrumentos para la medida de estos constructos y al análisis de estas herramientas cuando se comprobó que no se podía hablar de un continuo bipolar sino de varios continuos, que la bipolaridad no quedaba justificada y que los conceptos de masculinidad y feminidad no corresponden siempre al dimorfismo sexual hombre y mujer.

Bem (1981), creadora del Bem Sex Role Inventory, hace uso de concepto esquema, propio de la corriente cognitiva, para referirse a la existencia de un “esquema de género”, discriminando entre dos tipos de personas: esquemáticas, (aquellas que interpretarán la realidad con respecto a los constructos masculinidad y feminidad) y no esquemáticas, (aquellas que, aun conociendo estos constructos, no se comportarán en base a ellos). Según la teoría de los esquemas de género, hoy en día, la propuesta de género queda ampliada a cuatro categorías: masculina (aquellos individuos que puntúen alto en masculinidad y bajo en feminidad), femeninas (aquellos que puntúen alto en feminidad y bajo en masculinidad), andrógina (aquellos que puntúen alto en ambas escalas) e indiferenciado (aquellos que puntúen bajo en ambas escalas).

García-Leiva (2005) apunta que existen tres corrientes teóricas que han tratado de explicar el origen del género. La primera de ellas sería la sociobiológica que hace referencia a como el comportamiento según el género sería producto de una serie de estrategias adoptadas por hombres y mujeres con fines de supervivencia, es decir, evolutivos. La segunda de ellas, la del constructivismo social que es la que concierne a este trabajo, asienta los orígenes de las diferencias de género en lo sociocultural. Así, el género sería una construcción social dependiente del lenguaje, la historia y la cultura. Por último, la tercera teoría, psicodinámica, justifica el nacimiento del género en un proceso de identificación primaria donde el niño tiene como objeto de deseo a uno de los padres y se identifica con el otro.

En este trabajo se sigue la línea teórica de la teoría de la identidad social de género. Dos son las teorías a las que se harán mención: por un lado, la teoría del rol social de género de Eagly (1987), teoría que tiene en cuenta la construcción sociohistórica de los roles de género y, por otro lado, la teoría de la identidad social de Tajfel (1981) de carácter más psicologicista que es la que concierne a este estudio.

Eagly (1987), en su teoría del rol social de género indica que como medio de supervivencia la sociedad organiza y divide tareas y actividades y para garantizar esto se crean normas y se asignan roles a los miembros de la sociedad. Esta segmentación laboral supone para la autora los pilares sobre los que se construye la estructura social, haciendo que cada uno de los miembros de esta adopte un rol diferente. Por tanto, los roles sociales serían generados en la interacción entre los ejecutores de las normas y la comunidad. Estas divisiones por roles generan efectos sobre la identidad de género empezando por el trabajo ya que, si es desempeñado habitualmente por un género, se tenderá a creer que este género posee unas características y comportamientos determinados generando así expectativas y orientando al hombre y a la mujer hacia ciertos estereotipos. Esta teoría queda algo limitada pues solo explica los roles de género a través de la división de tareas y normas sociales, no dejando espacio a factores psicológicos.

Por otra parte, Tajfel y Turner (1986) consideran la identidad como “aquellos aspectos de la propia imagen del individuo que se derivan de las categorías sociales a las que perciben pertenecer” (p.16). Este proceso de construcción de la identidad del individuo en un contexto determinado comprendería dos subprocesos: por un lado, el de categorización, procedimiento por el cual ordenamos el mundo y se dan lugar a estereotipos y por otro el del mantenimiento de la autoestima mediante la identificación con diferentes grupos sociales tendiendo siempre, siguiendo el paradigma del grupo mínimo de Tajfel, al favoritismo de nuestro grupo social (endogrupo) y a la discriminación del otro (exogrupo). Por tanto, en el proceso de comparación social si nuestro grupo es percibido como peor que el exogrupo, pondremos en marcha estrategias con el objetivo de lograr una identidad social positiva y mejorar nuestra autoestima. Al definirnos como hombres o mujeres estaríamos por tanto apelando a nuestra identidad social de género.

Diferencias en el rol de género según orientación sexual

Autores como Diaz (2004) apuntan que la homosexualidad transgrede las normas establecidas de ser hombre o mujer. De esta manera, el colectivo manifestará su orientación sexual mediante comportamientos, creencias y actitudes que en muchas ocasiones no cumple con el “deber ser” de los hombres o de las mujeres, estando igual

de cerca de formas sociales o psíquicas de ambos géneros. En un trabajo realizado por Díaz (2002) en el que se compararon la expresión de los afectos (siendo esta cualidad considerada esencialmente femenina) entre parejas homosexuales y heterosexuales se pudo observar como en las parejas homosexuales se daba mayor expresión de afecto de una manera tanto verbal como no verbal y existía una mayor tendencia a decir cosas dulces a la pareja, lo que corroboró esta hipótesis en la que los homosexuales juegan dos roles, el masculino y el femenino.

Patrón de demanda y retirada ante el manejo del conflicto: causas

El patrón de demanda y retirada (en adelante patrón D-R) consiste en una dinámica cíclica de comunicación y manejo de conflicto en la que un miembro de la pareja intenta participar en una discusión a menudo recurriendo a la presión y las demandas emocionales mientras que el otro intenta evitar o retirarse de la discusión a través del aislamiento, la defensividad y la pasividad, identificándose esta dinámica como un estilo de interacción particularmente intratable y destructivo (Christensen y Heavey, 1993). Además, se ha concluido que la tendencia de los miembros que se involucran en este patrón es a volverse más polarizados con el tiempo (Caughlin y Vangelisti, 2000) lo que lleva a la discordia, deterioro creciente, insatisfacción y a menudo a la disolución, de las relaciones matrimoniales (Heavey, Layne y Christensen, 1993). Este patrón ha sido relacionado además con depresión (Byrne, Carr y Clark, 2004) y con abuso físico (Feldman y Ridley, 2000).

El surgimiento del patrón D-R ha sido atribuido al balance de poder percibido en la relación (Sagrestano, Heavey y Christensen, 1998), rasgos individuales de personalidad (Caughlin y Vangelisti, 2000), estilos de apego (Millwood y Waltz, 2008) y diferencias de género (Christensen y Heavey, 1990; Christensen y Heavey, 1993; Gottman, 2000; Klinetob y Smith, 1996). A continuación, se exponen las posibles causas de esta dinámica con especial atención a las diferencias de género.

Poder percibido en la relación

Coleman y Strauss (1986) sugieren que en las parejas en las que los niveles de poder están repartidos igualitariamente entre los miembros se presenta menos violencia que en aquellas en las que uno de los miembros es más dominante. En particular, las parejas en

las que el hombre es menos dominante serían más susceptibles de experimentar violencia ya que de esta manera el varón compensaría su falta de poder iniciando conductas violentas hacia su mujer como forma de control (Sagrestano, Heavey y Christensen, 1999).

En cuanto al patrón D-R, en las parejas en las que se da más en la forma en la que el hombre demanda y la mujer se retira son más susceptibles de entrar en conductas violentas que al revés, lo que sugiere que el hombre entrando en retirada serviría como un factor protector ante el conflicto (Leonard y Senchak, 1996 citado en Sagrestano, Heavey y Christensen, 1999). Dicha dinámica de comunicación sería, por tanto, el reflejo del balance de poder en la relación, dándose diferencias estructurales en el equilibrio del poder asociadas al uso del patrón D-R. Así, la persona en búsqueda del cambio tendría menos poder que la persona a la que se le pide ya que esta última decide si cambiar o no (Sagrestano, Heavey y Christensen 1998).

Rasgos individuales de personalidad

Christensen (1987) ya había sugerido que las diferencias individuales que influyen en actitudes de demanda sería el deseo de cercanía mientras que la búsqueda de independencia estaría relacionada con la retirada siendo esta una visión del problema donde los atributos individuales influirían en el comportamiento de una persona sin afectar a la otra. Más tarde, Caughlin y Vangelisti (2000) llevaron a cabo una investigación con el objetivo de estudiar las diferencias individuales que tienen influencia en el uso del patrón D-R como respuesta a una falta de literatura sobre esta posible causa centrándose en la hipótesis de influencia relacional apoyándose en dos estudios (Caughlin, Luchetti, & Houston 1997; Caughlin & Vangelisti, 1999) donde se encuentran resultados que sugieren que las parejas toman turnos a la hora de demandar (mientras que el otro se retira).

Estos mismos autores, en su estudio, buscaron relacionar los cinco grandes rasgos de personalidad y el patrón D-R suponiendo dos hipótesis: una individual, en la que el rasgo estaría relacionado con actitudes más demandantes o de retirada y una relacional en la que el rasgo estaría relacionado con el patrón circular en el que ambos miembros demandarían y se retirarían turnándose. Bajo la premisa de que el neuroticismo está relacionado con comportamientos negativos y de queja, actitudes asociadas a una

comunicación demandante, este rasgo fue el primero en ser estudiado, obteniéndose resultados significativos que apoyaban la hipótesis relacional. En segundo lugar, el factor “amabilidad” fue también relacionado con el patrón D-R desde una perspectiva relacional. En cuanto a los otros tres grandes rasgos (apertura a la experiencia, extraversión y responsabilidad) pese a existir estudios que los relacionan con conflictos maritales, ninguno de los resultados fue significativo en cuanto a la relación con el patrón D-R. De igual manera, el deseo de cercanía estuvo positivamente relacionado con la demanda y negativamente con la retirada, como ya apuntaba Christensen (1987).

No obstante, Heaven, Smith, Prabhakar, Abraham y Mete (2006) no encontraron que se pudiera atribuir este patrón de interacción a características de personalidad.

Estilos de apego

Millwood y Waltz (2008) estudiaron como el tipo de apego de los miembros de la pareja en interacción pueden propiciar el surgimiento del patrón D-R basándose en la teoría de que el estilo de apego es un predictor de la forma en la que los miembros perciben su relación romántica.

Así, según los autores, los individuos con estilos de apego seguro tienden a emparejarse con otros con el mismo estilo de apego ya que de esta manera confirmarían sus creencias sobre la confianza y disponibilidad que el otro proporciona. Los individuos con apego ansioso tenderían a emparejarse con aquellos con un estilo evitativo ya que confirmarían sus creencias de la falta de disponibilidad y confianza del otro mientras que el evitativo confirmaría como los otros tienden a demandar más intimidad de la que pueden ofrecer (Citado en Senchak and Leonard, 1992).

En su estudio se partió de la hipótesis de que aquellas parejas en las que los miembros presentan estilos de apego inseguro y opuestos (ansiosos emparejados con evitativos) se pueden percibir como comprometidos en una perpetua lucha de poder en la que una persona desea más cercanía y la otra menos, por lo que pueden ser más susceptibles al uso de patrones desadaptativos. Los resultados indicaron que cuando uno o ambos miembros tienen un estilo de apego inseguro la pareja es más susceptible de experimentar discordancia con respecto a las necesidades de intimidad, dándose así el patrón de demanda-retirada (Millwood y Waltz, 2008). Los autores también señalan la

importancia de que el surgimiento de este patrón no sea solo visto desde la diferencia de género o de características individuales puesto que como su estudio demuestra, puede estar influenciado por el tipo de apego.

Diferencias de género

Antes de que emergiera la investigación sistemática y empírica alrededor del patrón D-R a mitad de los años ochenta, ya autores como Terman, Buttenwieser, Ferguson, Johnson y Wilson (1983) apuntaban que la queja marital más común entre los hombres era una esposa “fastidiosa”. Tras el inicio de la investigación, la mayor parte de esta muestra como el patrón D-R esta relacionado con el género.

Christensen y Heavy (1993) afirman que en aproximadamente el 60% de las parejas las mujeres tienden a demandar mientras que los hombres tienden a retirarse, en el 30% de las relaciones este fenómeno se da de una manera inversa y en el 10% hombres y mujeres demandarían y se retirarían igualmente. Estos autores, años antes, se referían a dos teorías por las cuales se darían estas diferencias de género: La primera debida a diferencias individuales ya expuesta con anterioridad. La segunda de ellas, basada en estructuras sociales asume que el surgimiento del patrón D-R es determinado por diferentes niveles de poder mantenidos por hombres y mujeres en las relaciones (Klinetob y Smith, 1996) beneficiándose los hombre de la estructura familiar tradicional porque las mujeres son típicamente responsables del cuidado de la casa y los niños (Christensen y Heavy, 1990) lo que influiría en que las mujeres sientan una relativa falta de poder siendo menos felices que sus maridos en muchas áreas de la relación (Jacobson, 1990). Esta falta de satisfacción las llevaría a querer más cambios en la relación (Caughlin y Vangelisti, 2000) tendiendo las mujeres a demandar y los hombres a retirarse (Havey, Layne y Christensen, 1993; Klinetob & Smith, 1996, Gottman, 2000).

Por contra, algunos estudios demuestran que estas diferencias de género desaparecen cuando la pareja discute un tema en el que es el hombre, en lugar de la mujer, quien quiere un cambio (Havey, Layne y Christensen 1993).

Por otro lado, la investigación sugiere que estas diferencias pueden ser debidas a factores evolutivos: El exitoso investigador de relaciones de pareja, John Gottman afirma rotundamente en su libro: hombres y mujeres son diferentes y existen divergencias entre estos a la hora de abordar el conflicto en la pareja. Gottman (2000) apunta que “en un 85 por ciento de los matrimonios, el evasivo es el esposo. Esto no es por algún fallo del hombre. La razón se encuentra en nuestra herencia evolutiva” (p. 53). La selección natural habría favorecido en las mujeres la capacidad de tranquilizarse después de situaciones de estrés puesto que la cantidad de leche que produce queda afectada por su estado de relajación y, por lo contrario, habría favorecido en los hombres el estado de alerta y vigilancia puesto que los antepasados del mismo sexo, cazadores, necesitaban de estos estados para sobrevivir. Este hecho hace más difícil que los hombres se recuperen de la tensión por lo que tenderían a evitar el conflicto en la pareja.

Estas tres hipótesis que difieren son una de las razones por las cuales el estudio de este patrón en comparación en parejas de diferentes orientaciones sexuales cobra sentido siendo la variable dependiente del presente estudio la orientación sexual.

Orientación sexual: heterosexuales, gays y lesbianas.

Heterosexuales y homosexuales: diferencias generales

Peplau y Fingerhut (2007) hallaron que, en población americana, independientemente de la orientación sexual, la mayoría de las personas valoran el afecto, la fiabilidad, los intereses compartidos y la similitud de las creencias religiosas. En cuanto a la repartición de las labores del hogar, encontraron que las parejas del mismo sexo, tanto gays como lesbianas dividían las tareas de manera más igualitaria, no hallando diferencias entre los niveles de poder y toma de decisiones según género que sí existía en parejas heterosexuales. En lo referente a las diferencias de género en las parejas del mismo sexo, las parejas lésbicas tenderían a repartir las mismas tareas de manera equitativa mientras que en las parejas gays cada uno de los miembros estaría especializado en diferentes tareas. En cuanto a la satisfacción marital, no se encontraron diferencias atendiendo a la orientación sexual: en todas las parejas disminuía la

satisfacción marital conforme la relación avanzaba independientemente de la orientación.

Por otro lado, refiriéndose al conflicto en la pareja, no se encontraron diferencias en el uso de estilos de resolución de problemas, la negociación o el compromiso ni en el uso de estrategias evitativas o ataques personales (Peplau y Fingerhut, 2007 como se cita en Kurdek, 1998) aunque el estudio en el “laboratorio del amor” llevado a cabo por Gottman y sus colegas indicó que las parejas homosexuales usaban estilos de comunicación algo más positivos que las parejas heterosexuales (Peplau y Fingerhut, 2007 citado por Gottman, Levenson, Swanson, Swanson, Tyson 2003).

Heterosexuales y homosexuales: patrón D-R

Gottman et al. (2003) estudiaron las diferencias entre parejas homosexuales y heterosexuales mediante métodos observacionales de manejo del conflicto. Tuvieron en cuenta cual de los dos miembros era el que iniciaba la discusión: si era la mujer o el hombre en el caso de parejas heterosexuales o cual de los miembros de la pareja homosexual lo hacía. Los resultados obtenidos fueron los siguientes: las parejas homosexuales tendían a iniciar la discusión de una manera más positiva, siendo menos beligerantes y dominantes y sintiendo menos miedo y amenaza y más emociones positivas como el afecto, el humor y la alegría que las heterosexuales. Los resultados indican de igual manera que la forma en que el receptor vivía el conflicto era más positiva en parejas homosexuales que heterosexuales. Sin embargo, las parejas masculinas homosexuales fueron las menos efectivas en reparar tras haber iniciado un conflicto.

En cuanto al umbral en el que se comienza la reparación del conflicto, no se encontraron diferencias entre orientación sexual, aunque sí entre género: cuando es el hombre -independientemente de la orientación sexual- el que inicia la discusión y detecta negatividad en su pareja tiende con más rapidez a reparar (antes de que sea demasiado negativo) en comparación con una mujer cuando es ella la que presenta el problema. En cambio, sí se encontraron diferencias entre orientación sexual en la amortiguación (capacidad de detectar que el otro miembro de la pareja se ha vuelto “demasiado positiva”, por ejemplo tratando un problema de gravedad con ligereza) en

este caso, las parejas homosexuales eran más eficaces en la amortiguación que las heterosexuales.

Gottman et al. (2003) reflejan que estas diferencias en orientación sexual tienen que ver con dos factores: el primero es que las parejas homosexuales valoran más la igualdad que las parejas heterosexuales y el segundo sería que tienen menos barreras para abandonar las relaciones. Por tanto, la mayor negatividad encontrada en parejas heterosexuales tendría que ver con la jerarquía establecida entre hombres y mujeres, generando hostilidad particularmente en las mujeres, teniendo estas menos poder y llevándolas a plantear la mayoría de los problemas en la relación (Gottman, 2000).

Por otro lado, Kurdek (2004) estudió las diferencias entre parejas gays, lésbicas y heterosexuales que cohabitaban estudiando diferentes esferas de la pareja. Se estudió el patrón D-R según la orientación sexual y los resultados mostraron un menor uso de este en las parejas homosexuales, así como un mayor uso de comunicación simétrica positiva, siendo las parejas lésbicas las que mayor uso hacían de esta última. Estos resultados indican como las parejas de gays y lesbianas son más eficaces en la resolución de conflictos y apoyan lo encontrado por Gottman et al. (2003) en referencia a como las parejas de gays y lesbianas tienden a presentar y recibir la información en los conflictos de una manera más positiva.

En contraste, en otro estudio, los autores Holley, Sturm, Levenson (2010) se interesaron por estudiar las diferencias de género del patrón D-R asumiendo la hipótesis de que esta diferencia se debía a diferencias de poder de los cónyuges y no a diferencias esenciales entre hombres y mujeres. Por tanto, los resultados esperados eran los de no encontrar diferencias según la orientación sexual, puesto que el patrón D-R entraría en juego en la pareja cuando uno de los miembros, el que contara con menos poder iniciara una discusión con la intención de cambiar y el que contara con más poder se retirara para mantener su status quo. Y así fue; no se encontraron diferencias entre las parejas de diferentes orientaciones sexuales en los comportamientos de demanda y retirada y en cambio, los resultados indicaron que, a más cambio deseado por la persona, más se daría la conducta de demanda. Estos resultados sugieren que hombres y mujeres no son diferentes inherentemente y que la diferencia de género en el uso de este patrón se debería a desigualdades de poder.

Por otro lado, Baucom, Mcfarland y Christensen (2010) estudiaron el patrón D-R en parejas del mismo y de diferente sexo teniendo en cuenta el “tema del conflicto” (quien lo iniciaba), el género y el tiempo llegando a concluir que este patrón debería ser considerado como un fenómeno multicausal en el que se debería tener en cuenta la estructura del conflicto, las diferencias de género, la polarización a lo largo del tiempo y las características individuales y de la pareja. Concluyeron, como en estudios anteriores, que existían diferencias de género, siendo las mujeres las que iniciaban conductas demandantes y los hombres tendiendo a retirarse. De igual manera los resultados sugirieron que el miembro que tendía a demandar -indiferentemente del sexo- era aquel que buscaba el cambio, aunque eran las mujeres las que se polarizaban más en el rol de demanda.

Hasta el momento las perspectivas teóricas expuestas defienden la diferencia de sexos alegando a diferencias individuales, estructuras sociales (diferencias de poder) o herencia evolutiva (hipótesis biológica). La hipótesis que a este trabajo concierne la expone Napier (1978) señalando que las diferencias de género en el uso del patrón D-R donde la mujer tiende a demandar y el hombre a retirarse en los conflictos es resultado del condicionamiento y la socialización de los roles de género. Así, las mujeres se socializan para ser más afiliativas y expresivas y por lo tanto tienen mas probabilidades de temer el abandono y el rechazo en las relaciones mientras que los hombres se socializan para ser mas autónomos y orientados a las tareas y, por lo tanto, es probable que tengan miedo a la intrusión e inmersión en las relaciones.

Tanto la hipótesis de las estructuras sociales como la de los roles de género fueron desarrolladas para explicar por qué el patrón D-R se da con mayor frecuencia en la forma en que la mujer demanda y el hombre se retira. Sin embargo, Caughlin y Scott (2010) señalan que es imposible determinar si esta tendencia se explica mejor por diferencias inherentes entre sexos o diferencias de poder entre hombres y mujeres, dado que los investigadores no pueden asignar aleatoriamente a hombres y mujeres a diferentes niveles de poder normativo.

Por tanto, el estudio de este patrón en diferentes orientaciones sexuales donde el poder no depende del género cobra sentido.

Objetivos e hipótesis

El presente estudio tiene el objetivo general de conocer la influencia del rol de género en el patrón de demanda y retirada ante el manejo del conflicto comparando el mismo en parejas de diferentes orientaciones sexuales (heterosexuales, gais y lesbianas). Algunos objetivos más específicos son los siguientes:

Conocer si existen diferencias en el uso de estrategias ante el conflicto según la orientación sexual tanto en la dimensión de comunicación constructiva mutua como en el uso del patrón de demanda y retirada.

- Hipótesis 1: Se espera encontrar más uso del patrón de demanda y retirada en sujetos heterosexuales que en homosexuales.
- Hipótesis 2: Se espera encontrar un mayor uso de comunicación constructiva mutua en parejas homosexuales que en heterosexuales.

Averiguar si, independientemente de la orientación sexual y el sexo, existen diferencias según el rol de género a la hora de tomar actitudes de demanda y actitudes de retirada.

- Hipótesis 3: Se espera que los individuos con un rol de género femenino tenderán a la demanda mientras, aquellos con un rol de género masculino a la retirada y en aquellos en los que el rol de género sea indiferenciado o andrógino se presentarán en menor medida ambas conductas.

Investigar si la presencia de roles de género complementarios (masculino-femenino) en la pareja, independientemente de la orientación sexual, es indicador de la presencia del patrón de D-R.

- Hipótesis 4: Se espera tanto en las parejas homosexuales/heterosexuales en las que se da una dinámica con roles diferenciados claros (masculino-femenino)

más propensas al uso del patrón D-R que las parejas que no tienen esa dinámica en la relación y no hay roles complementarios.

Explorar si las diferencias de género se deben a la construcción social del género o a diferencias inherentes entre sexos.

- Hipótesis 5: Se espera encontrar relación entre uso del patrón de comunicación D-R ante el conflicto en relación con el rol de género y no con el sexo biológico.

Conocer si existen diferencias en cuanto al rol de género según orientación sexual.

- Hipótesis 6: Se espera que las parejas homosexuales presenten con mayor frecuencia roles de género andrógino/indiferenciado que las parejas heterosexuales.

Método

Participantes

La muestra final estuvo compuesta por 100 sujetos (53% mujeres y 47% hombres) correspondientes a 50 parejas, 21 de ellas heterosexuales (42,6%), 16 lésbicas (29,7%) y 13 gays (27,7%) y fue obtenida mediante un proceso no probabilístico. Las parejas homosexuales fueron contactadas gracias a la fundación LGBTIQ+ “Fundación Triangulo” de Madrid y utilizando metodología de bola de nieve. El 36% de los encuestados convivían con su pareja mientras que el 64% no lo hacía. En cuanto al tiempo en la relación, el 57% de los participantes había estado entre 6 meses y 2 años, el 25% entre 2 y 5 años, el 12% entre 5 y 10 años y el 6% más de 10 años. Por lo que al ámbito de ocupación respecta, el 30% de los participantes pertenecía a las ciencias de la salud, el 18% a las ciencias sociales, el 16% a ciencias puras/tecnológicas, el 16% a artes/humanidades y el 20% a otros.

En la tabla 1 se pueden observar las edades según género y orientación sexual.

Tabla 1.

Estadísticos descriptivos de la edad según género y orientación sexual

(N=100)	Rango edad	Media	Desviación típica
Hombres	23-45	28,45	6,52
Mujeres	20-45	27,16	5,80
Hombres heterosexuales	23-45	26,74	6,20
Mujeres heterosexuales	23-45	26,09	6,14
Hombres homosexuales	23-45	29,66	6,53
Mujeres homosexuales	20-45	27,83	5,54
Total	20-45	27,78	6,16

Los criterios de inclusión fueron (1) que las parejas debían de llevar en la relación romántica al menos seis meses, (2) no tener hijos y (3) tener una edad comprendida entre los 18 y 45 años. Fue criterio de exclusión el no cumplir con los requisitos precedentes.

Instrumentos

Se tomaron datos sociodemográficos tales como: el sexo, la edad, el tiempo en la relación de pareja, la convivencia o no con la misma y el ámbito de ocupación.

Para medir el patrón de demanda y retirada se utilizó el *Cuestionario de Patrones de Comunicación* (CPQ) (Christensen y Sullaway, 1984; Christensen, 1988), traducido y validado en población española por Borges, (2009) que se encarga de recoger las percepciones individuales tanto del individuo que lo responde como del otro miembro de la pareja sobre el uso de estrategias de petición o de retirada. El cuestionario cuenta con 28 ítems agrupados en tres subescalas: evitación/retirada mutua, demanda/retirada y comunicación constructiva mutua y se contesta con nueve alternativas de respuesta, desde “nada posible” a “muy posible”. Los estudios indican un Alpha de Cronbach que varía de $\alpha = .62$ a $\alpha = .84$.

El segundo cuestionario es el *Bem Sex Role Inventory* (BSRI; Bem, 1974) que se utilizó para medir el rol de género. Se empleó la versión reducida y adaptada a

población española por Fernandez et al. (2008). El cuestionario está compuesto por 22 items, 22 adjetivos, 11 de ellos estereotípicamente masculinos y 11 femeninos. Una vez completado el cuestionario la muestra queda clasificada en cuatro categorías: masculina, femenina, andrógina y neutral. El alpha de Cronbach fue de .79 para los resultados de masculinidad y .73 para los de feminidad.

Procedimiento

La recogida de la muestra se llevó a cabo a través de la difusión de la investigación por parte de los técnicos de la “Fundación Triangulo”, en el caso de las parejas homosexuales y usando un proceso de muestreo no probabilístico a través de redes sociales en el caso de las parejas heterosexuales. La participación de los encuestados fue completamente voluntaria y anónima y se les fue entregado un consentimiento informado en el que se detallaba la finalidad de la investigación y se informaba del mantenimiento de la confidencialidad y el anonimato de los datos aportados. Los participantes facilitaron datos sociodemográficos y completaron los cuestionarios definidos con anterioridad online a través de la plataforma “google cuestionarios”. Se les facilitó a los participantes un correo electrónico para tener la posibilidad de conocer los resultados una vez llevados a cabo los análisis estadísticos.

Diseño

Para realizar los análisis de datos de la investigación se usó el programa estadístico IBM SPSS versión 26.0.0.0. Se llevó a cabo en un primer lugar el análisis de los estadísticos descriptivos para las variables cualitativas (frecuencias y porcentajes). A continuación, para estudiar la asociación entre variables cualitativas se utilizó la prueba de Chi-Cuadrado, para estudiar las diferencias de medias, se realizó un análisis de t de Student para muestras independientes y el análisis ANOVA de 1 factor y ANOVA factorial.

Resultados

Objetivo 1.

El primer objetivo de esta investigación consistía en explorar la existencia de diferencias en el uso de estrategias ante el conflicto según la orientación sexual. Para ello se llevó a cabo un análisis de ANOVA de 1 factor.

Los resultados obtenidos con el análisis de ANOVA de 1 factor mostraron diferencias estadísticamente significativas ($F(98)=7.228$; $p=.001$) entre la dimensión *demanda y retirada* y la orientación sexual hallándose estas diferencias entre los sujetos en una relación gay y aquellos en una relación lésbica y heterosexual. Así, los sujetos en una relación gay perciben un mayor uso del patrón D-R ante el conflicto en la pareja que los sujetos en una relación lésbica y aquellos en una relación heterosexual. También se encontraron diferencias estadísticamente significativas ($F(97)=3.83$; $p=.001$) entre la dimensión *construcción mutua* y la orientación sexual siendo estas diferencias entre aquellas parejas lésbicas y las heterosexuales. Se podría decir, por tanto, que los sujetos en una relación lésbica perciben una mayor comunicación constructiva mutua ante el conflicto que aquellos en una relación heterosexual.

Objetivo 2.

El segundo objetivo de este estudio era el de indagar si, independientemente de la orientación sexual y del sexo, existían diferencias según el rol de género a la hora de tomar un rol más demandante o más evitador. Se llevo a cabo un análisis de ANOVA de 1 factor

Los resultados obtenidos no mostraron diferencias estadísticamente significativas ($p>.05$) entre el rol de género y actitudes de demanda. En cambio, sí se observaron diferencias estadísticamente significativas ($F(97)=4.646$; $p=.004$) entre el rol de género y actitudes de retirada. Así, los sujetos con un rol de género masculino tenderían a retirarse más que aquellos con un rol de género femenino.

Objetivo 3.

El tercer objetivo de la investigación era el de investigar si la presencia de roles de género complementarios (masculino-femenino) en la pareja, independientemente de la orientación sexual, está relacionado con la percepción de la presencia del patrón D-R. No se pudo llevar a cabo este análisis puesto que de las cincuenta parejas que conforman la muestra solo dos de ellas tenían esta complementariedad (masculino-femenino) en los roles de género.

Objetivo 4.

El cuarto objetivo de este trabajo era el de explorar si existían diferencias de género a la hora de tomar actitudes de demanda o de retirada y si estas se debían a la construcción social del género, es decir, a un rol de género masculino o femenino o a las diferencias por sexo. Como se plasma con anterioridad, se dieron diferencias estadísticamente significativas entre el rol de género y las actitudes de retirada, pero no se observaron diferencias estadísticamente significativas entre el rol de género y actitudes de demanda.

Para comprobar si existían diferencias entre sexos a la hora de tomar actitudes de demanda o de retirada se llevó a cabo un análisis de t de Student para muestras independientes.

Los resultados obtenidos con la prueba t de Student para muestras independientes no mostraron diferencias estadísticamente significativas ($p > .05$) entre el sexo y actitudes de demanda ante el conflicto. En cambio, sí se observaron diferencias estadísticamente significativas ($t(98) = 2.084$; $p = .04$) entre el sexo y actitudes de retirada ante el conflicto. El tamaño del efecto d fue de 0.41 indicando un efecto moderado. Así los hombres tenderían más actitudes de retirada que las mujeres.

Como las actitudes de retirada se vieron relacionadas tanto con el sexo masculino como con el rol de género masculino se realizó un análisis ANOVA factorial con el objetivo de comprobar si existían diferencias entre mujeres y hombres con roles de género masculinos y femeninos a la hora de retirarse.

Los resultados obtenidos indican que no existe una interacción estadísticamente significativa ($p>.05$) entre las variables sexo, rol de género y actitudes de retirada. Aun así, en el siguiente gráfico podemos observar como existe una mayor tendencia a estas actitudes debido tanto al sexo masculino como al rol de género masculino.

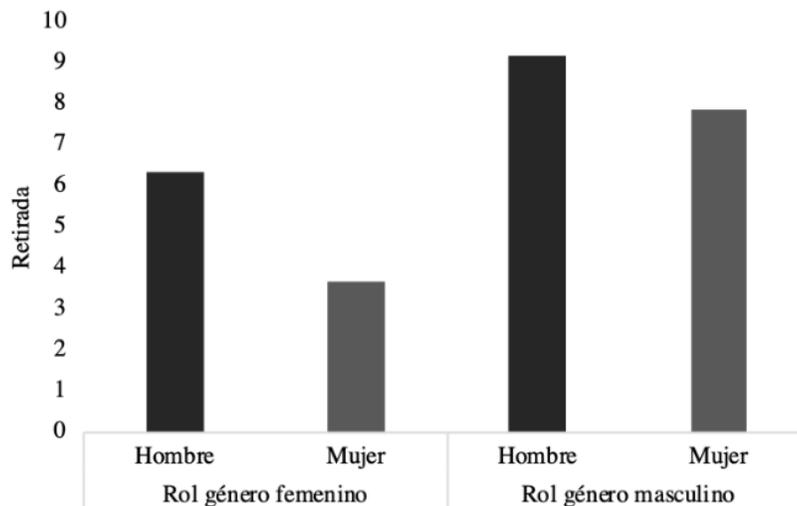


Figura 1: Puntuaciones en retirada según rol de género y sexo

Objetivo 5.

Para conocer si existían diferencias en cuanto al rol de género según la orientación sexual se realizó una prueba de Chi-Cuadrado. Se encontró que existía asociación entre las variables orientación sexual y rol de género ($\chi^2 (1, N=100) =14.162$; $p=.02$; $CC=.351$) siendo esta una asociación moderada según el coeficiente de contingencia.

Como vemos en la tabla 2, los sujetos heterosexuales serían los que mostrarían roles de género más equilibrado siendo el rol de género femenino el más predominante con un 32,6%. En el caso de los sujetos gay predominarían los roles de género indiferenciado, con un 42,9% y andrógino con un 32,1%. El caso de las participantes lesbianas es en el que encontramos un rol de género más definido, el andrógino con un 50%.

Tabla 2.

Tabla cruzada entre orientación sexual y rol de género

Categorías		I	F	M	A	Total
Heterosexual	Recuento	9	14	9	11	43
	%	20,9%	32,6%	20,9%	25,6%	100%
Gay	Recuento	12	4	3	9	28
	%	42,9%	14,3%	10,7%	32,1%	100%
Lesbiana	Recuento	5	3	7	15	30
	%	16,7%	10,0%	23,3%	50%	100%

Nota: BSRIr I = indiferenciado; F = femenino; M = masculino; A = andrógino.

Discusión

El primer objetivo de este estudio consistía en explorar la existencia de diferencias en el uso de estrategias ante el conflicto según la orientación sexual. La hipótesis era la de encontrar una mayor percepción de uso del patrón D-R en sujetos heterosexuales que en homosexuales, así como una mayor comunicación constructiva mutua en sujetos homosexuales que heterosexuales.

Recuperando los análisis estadísticos realizados y expuestos con anterioridad en el apartado resultados, se observaron diferencias estadísticamente significativas entre la dimensión demanda y retirada y la orientación sexual, tendiendo así los sujetos en una relación gay a percibir un mayor uso del patrón D-R que los sujetos en una relación lésbica y que aquellos en una relación heterosexual, lo que llevaría a rechazar la primera hipótesis.

Estos resultados se podrían comparar con lo expuesto por Gottman (2003) en un estudio en el que comparó las actitudes frente al conflicto en parejas gay, lésbicas y heterosexuales concluyendo que las parejas masculinas homosexuales fueron las menos efectivas en reparar tras haber iniciado un conflicto. Cabe señalar que la dimensión que se medía en este último estudio no era la de percepción de uso del patrón D-R sino la reparación tras el conflicto. No obstante, ambas están relacionadas con el uso de un

estilo de comunicación desadaptativa, pero, aun así, sería aconsejable comparar los resultados con cautela. A su vez, estos resultados se muestran contrarios a lo expuesto por Gottman (2003) en el mismo estudio, donde concluye que la forma en la que las parejas homosexuales viven el conflicto es más positiva que en las parejas heterosexuales, siendo apoyados estos resultados por Kurdek (2004) que expone como las parejas de gays y lesbianas son más eficaces en la resolución de conflictos. Cabe señalar que la metodología usada en estos últimos estudios para la recolección de datos fue diferente a la usada en esta investigación, siendo en ambos casos observacional lo que permitió el estudio del patrón D-R en la pareja en interacción. Además, en el caso de Kurdek (2004) se llevó a cabo de manera longitudinal. En cambio, los datos en el presente estudio fueron recogidos a través de cuestionarios de percepción del uso de estrategias frente al conflicto de una manera individual en la pareja por lo que, para futuras investigaciones, sería interesante el uso de metodología observacional longitudinal. Peplau y Fingerhut (2007) apuntan que en las parejas gays y lésbicas se dan en menor medidas diferencias de poder que en parejas heterosexuales y, siguiendo a Jacobson (1990), es desde el descontento fruto de una percepción de poder desigual desde donde surge el patrón D-R. Así, los resultados se muestran también contrarios a lo expuesto por estos autores y señalan la importancia de tener en cuenta para futuras investigaciones el nivel de poder en la pareja. Estos resultados pueden haber sido debido a una baja representación de sujetos gay en la muestra.

En segundo lugar y con respecto al primer objetivo se hipotetizaba la existencia de una mayor comunicación constructiva mutua ante el conflicto en sujetos en una relación homosexual que en aquellos en una relación heterosexual. Esta segunda hipótesis se ve parcialmente confirmada con unos resultados que muestran diferencias estadísticamente significativas, percibiendo los sujetos en una relación lésbica una mayor comunicación constructiva mutua que aquellos en una relación heterosexual. No obstante, no se dieron diferencias estadísticamente significativas entre sujetos gay y heterosexuales. Estos resultados coinciden con lo expuesto por Kurdek (2004) que estudió el patrón D-R según la orientación sexual y concluyó como existía un mayor uso de comunicación simétrica positiva en las parejas lésbicas frente a las heterosexuales.

El segundo objetivo de esta investigación era el de investigar la existencia de diferencias según el rol de género a la hora de tomar actitudes de demanda o de retirada

independientemente de la orientación sexual y del sexo. La hipótesis con respecto a este objetivo era la de encontrar una relación entre el rol de género femenino y la demanda y entre el rol de género masculino y la retirada. Tal y como se retrata en los resultados expuestos, no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre el rol de género y las actitudes de demanda, aunque si fueron encontradas entre el rol de género y las actitudes de retirada, tendiendo los sujetos con un rol de género masculino a retirarse en mayor medida que aquellos con un rol de género femenino. Por tanto, la tercera hipótesis queda parcialmente confirmada.

Por un lado, en cuanto a la dimensión demanda, la hipótesis sería rechazada puesto que no se encontró relación entre el rol de género femenino y actitudes de demanda. Estos resultados coinciden con diversas hipótesis por las que el género no es un único factor que determina la entrada o no en actitudes demandantes, por ejemplo, con la de Heavey, Layne y Christensen (1993) que apuntan que las diferencias de género desaparecen cuando la pareja discute un tema en el que es el hombre, en lugar de la mujer, quien quiere un cambio. Por tanto, para futuras investigaciones sería interesante considerar el “tema del conflicto” y cual de las partes lo inicia. Además, Millwood y Waltz (2008) señalan la importancia de tener en cuenta el estilo de apego de los miembros de la pareja como mediadores de la entrada en el patrón D-R y señalan el reduccionismo de solo tener en cuenta las diferencias de género. Por ultimo, Caughlin y Vangelisti (2000) apuntan como rasgos individuales tales como el deseo de cercanía, la necesidad de autonomía, el neuroticismo y la amabilidad están relacionados con actitudes propias del patrón de D-R y con la entrada en el patrón en sí.

En cuanto a la dimensión retirada se encontraron diferencias estadísticamente significativas que mostraban como aquellos sujetos con un rol de género masculino tendían a mostrar más estas conductas evitativas ante el conflicto. Por tanto, por esta parte, la hipótesis queda confirmada lo que coincide con lo expuesto en la literatura (Christensen y Heavey, 1990; Christensen y Heavey. 1993; Klinetob y Smith, 1996). No obstante, es importante precisar que estos autores hablan de diferencias de género, pero ninguno de ellos ha estudiado el género a través los roles de género de los individuos independientemente del sexo biológico. El problema aquí reside en la dificultad de concretar un concepto tan abstracto y difícil de medir como el género y en la concepción que cada autor tiene de dicho fenómeno. Así, para Christensen y Heavy

(1990) estas diferencias de género se deben a diferencias individuales, pero no concretan si son o no inherentes al hecho de ser hombre o mujer. Un objeto de estudio interesante con respecto a los rasgos individuales sería el de determinar en que medida estas características de personalidad están determinadas o no por la socialización diferencial según el género y poder determinar en que medida al hablar de diferencias individuales estamos hablando de diferencias de género. Siguiendo a Napier (1978) los rasgos de cercanía y autonomía serían producto del condicionamiento y la socialización de los roles de género, aunque estos rasgos, según Millwood y Waltz (2008) serían debidos a los estilos de apego más o menos seguros. La interseccionalidad de estas variables debería ser considerada en futuras investigaciones.

Más tarde, Christensen y Heavy (1993) y Klinetob y Smith (1996) apuntan que estas diferencias de género a la hora de manejar el conflicto se deben a estructuras sociales en las que existen diferentes niveles de poder en los que los hombres se ven beneficiados y las mujeres no, teniendo que hacerse cargo del cuidado de la casa y de los niños y llevándoles esto a una falta de satisfacción y al deseo de cambio. En este caso, los autores apelan a factores sociohistóricos para explicar estas diferencias y, aunque siguiendo a Eagly (1987) en su teoría del rol de género social esta división de tareas tiene un efecto claro sobre la identidad de género no estudiaron la misma a través de factores psicológicos.

Una de las limitaciones de este estudio es el no haber tenido en cuenta variables como la repartición de tareas en el hogar o los niveles de poder en la relación que recojan esa parte de la identidad de género de los sujetos que se forma a través de la división de tareas y roles sociales puesto que el instrumento usado para medir el rol de género (BSRIr) de los sujetos en esta investigación solo tenía en cuenta expresiones descriptivas consideradas como masculinas o femeninas. Además, hay que tener en cuenta que las puntuaciones con respecto a actitudes de demanda y retirada obtenidas en este estudio se refieren a la percepción individual de un miembro de la pareja con respecto a esas actitudes y existe por tanto sesgo al tratarse de una apreciación subjetiva y por no poder observar a los dos miembros en interacción y como sus conductas se ven influidas por las de el otro teniendo en cuenta la circularidad.

En cuanto al tercer objetivo, se pretendía encontrar un mayor uso del patrón D-R en aquellas parejas en las que existiera una complementariedad en los roles de género (masculino-femenino). Tan solo dos de las 50 parejas presentaron esta complementariedad por lo que no se llevaron a cabo análisis estadísticos. Esta baja representación de parejas con roles de género complementarios puede ser debida a una muestra en la que predominan los sujetos homosexuales que, como se expone a continuación, tienden a presentar roles de género andróginos o indiferenciados, a la baja media de edad de la muestra o, como se comentaba con anterioridad, al propio instrumento de medida del rol de género.

El cuarto objetivo de esta investigación consistía en explorar si las diferencias entre hombres y mujeres ante el conflicto se debían a la construcción social de género o a diferencias inherentes entre sexos, hipotetizando que existirían relaciones entre el uso del patrón D-R con el rol de género y no con el sexo biológico. Recuperando lo expuesto en el apartado resultados, no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre actitudes demandantes y el rol de género ni actitudes demandantes y el sexo, pero si entre actitudes de retirada y el rol de género y actitudes de retirada y el sexo siendo los sujetos hombres y los sujetos con un rol de género masculino los que más se retiran. Así, las actitudes de retirada se deberían a una combinación de ambos factores (sexo y rol de género) lo que coincide, por lo que al rol de género respecta, con lo expuesto en el objetivo anterior y con lo que al sexo biológico respecta, por lo expuesto por Gottman (2000) cuando señala que las diferencias de género se deben a la herencia evolutiva por la cual se han favorecido en los hombres conductas de retirada y de demanda en las mujeres. Pero ninguno de estos autores señala el surgimiento de estas conductas como combinación de ambos factores, biológico y social, aunque Gottman (2003), más tarde, señala las diferencias de poder (hombre-mujer) como un factor a tener en cuenta en la negatividad expresada en la pareja.

Por ultimo, el quinto objetivo de este estudio era el de conocer si existían diferencias en cuanto al rol de género según la orientación sexual. La hipótesis con respecto a este objetivo era la de que las parejas homosexuales presentarían con mayor frecuencia roles de género andróginos o indiferenciados que las parejas heterosexuales. Los resultados nos muestran una asociación entre la orientación sexual y el rol de género confirmándose la hipótesis expuesta. Así en los sujetos gay predominaría el rol de

género indiferenciado y en las lesbianas el andrógino. Estos resultados coinciden con lo expuesto por Díaz (2004) que apunta que los sujetos homosexuales manifiestan en muchas ocasiones su orientación sexual mediante comportamientos, creencias y actitudes que no cumplen con los estereotipos de hombres y mujeres estando igual de cerca de formas sociales o psíquicas de ambos géneros.

Los resultados muestran, además, como las puntuaciones en masculinidad son más elevados en el caso de las lesbianas que de los gais, siendo estos últimos los que menos puntúan en esta dimensión. Sería interesante explorar en futuras líneas de investigación de que manera esta identificación con lo masculino en el caso de las lesbianas se ve expresada en el conflicto de manera diferencial a los sujetos gay. Además, las puntuaciones en sujetos heterosexuales nos muestran un leve predominio de actitudes estereotípicamente femeninas y puntuaciones muy igualadas en cuanto a rasgos andróginos, indiferenciados y masculinos. Una de las razones de estos resultados puede ser la media de edad del estudio (27,78) que representa a una población joven que se ha visto educada en menor medida bajo la división bipolar de los conceptos masculinidad y feminidad y en la que se ha normalizado la expresión de actitudes, comportamientos y creencias de ambos géneros o de ninguno de ellos.

Conclusiones

A modo de conclusión y como guía para futuras líneas de investigación habría que tener en cuenta los puntos fuertes y los débiles de este trabajo.

La muestra recogida fue de 100 sujetos en total pertenecientes a 50 parejas ya que se pretendía realizar análisis según la complementariedad en cuanto al rol de género en las parejas. Esto no pudo ser así y todos los análisis se realizaron de forma individual por lo que el número de participantes, aunque conformaban una muestra potente en cuanto a número de parejas, podría haber sido mayor de forma individual para poder exponer unos resultados más confiables. Aunque la muestra fue igualada en cuanto a lo que al sexo y a la orientación sexual se refiere, en esta última variable, si categorizamos a los sujetos en heterosexuales y en homosexuales, al dividir a los homosexuales en gais y

lesbianas nos encontramos con menor muestra frente a las parejas heterosexuales por lo que los resultados se pueden haber visto afectados por esta falta de representación.

Con lo que a los instrumentos respecta nos encontramos dos limitaciones principales ya comentadas con anterioridad. La primera de ellas, con respecto a la amplitud del concepto género y a la dificultad de acotarlo y medirlo, el BEM role sex inventory solo recoge actitudes estereotípicamente masculinas y femeninas, pero deja de lado otro tipo de comportamientos que de igual manera determinan el rol de género. Con respecto al instrumento de medición del patrón D-R, el cuestionario de patrones de comunicación (CPQ), por un lado, tan solo recoge las percepciones individuales sobre en que medida se da el patrón, tanto para el individuo que lo contesta como para su pareja, pudiendo estas percepciones estar sesgadas. Por otro, estamos hablando de un patrón que se da en la interacción y que se retroalimenta y en muchas ocasiones se polariza por la misma, por lo tanto, el estudio de este con métodos observacionales se hace prácticamente imprescindible. Además, como se expone en la literatura, el surgimiento de este patrón es de etiología multicausal, por lo que otras considerar otras variables como el estilo de apego, las diferencias individuales, el poder en la relación, quien inicia la discusión, la polarización a lo largo del tiempo y otras características de la pareja como el grado de convencionalidad o el tipo de relación (abierta o cerrada) deberían ser tenidas en cuenta para futuras investigaciones.

En conclusión, esta investigación cuenta con puntos fuertes como el haber estudiado el género y su incidencia en el patrón D-R desde una perspectiva de construcción social del mismo y en comparación con parejas de diferentes orientaciones sexuales y en la forma de identificarse en cuanto al género, aunque deja muchas puertas abiertas en cuanto a las variables incidentes y en que medida en el surgimiento de este fenómeno de naturaleza relacional.

Referencias

- Acevedo, V. y Restrepo, L. (2010). Experiencias de parejas sobre vivir feliz en pareja. *Pensamiento Psicológico*, 8(15), 63-76.
- Alzás, T., Galet, C. y Felipe, J. (2016). Análisis de la deseabilidad social de los roles de género. *Asparkia*. 29, 75-89.
- Baucom, B. R., McFarland, P.T. y Christensen, A (2010). Gender, topic and time in observed demand-withdraw interaction in cross-and same-sex couples. *Journal of family psychology*. 24, 233-242.
- Baumeister, R.F. y Leary, M. R. (1995). The need to belong: Desire for interpersonal attachments as a fundamental human motivation. *Psychological bulletin*. 117 (3), 497-529.
- Bem, S. (1981). The BSRI and gender schema theory: a reply to Spence and Helmreich. *Psychological review*. 88, 369-371.
- Bonilla, A. (1998). Los roles de género. En J. Fernández (coord.), *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Byrne, M., Carr, A. y Clark, M. (2004). Power in relationships of women with depression. *Journal of Family Therapy*. 26, 407-429.
- Caughlin, J. y Vangelisti, A. (2000). An individual difference explanation of why married couples engage in the demand/withdraw pattern of conflict. *Journal of Social and Personal Relationships*. 17 (4-5): 523-551.
- Caughlin, J. P. y Scott, A. M. (2010). Towards a communication theory of the demand/withdraw pattern of interaction in interpersonal relationships. In S. W. Smith & S. R. Wilson (Eds.), *New directions in interpersonal communication research* (pp. 180-200). Los Angeles, CA: Sage.

Christensen, A. (1987). Detection of conflict patterns in couples. In K. Hawleg & M. J. Goldstein (Eds.), *Understanding major mental disorders: The contribution of family interaction research* (pp.250-265). New York: Family Process Press.

Christensen, A. y Heavey, C. L. (1990). Gender and social structure in the demand-withdraw pattern of marital conflict. *Journal of Personality and Social Psychology*. 59, 73-81.

Christensen, A. y Heavey, C. L. (1993). Gender differences in marital conflict: The demand/ withdraw interaction pattern. In S. Oskamp & M. Costanzo (Eds.), *Gender issues in contemporary society* (pp. 113-141). Newbury Park, CA: Sage.

Coleman, D. H. y Straus, M. A. (1986). Marital power, conflict, and violence in a nationally representative sample of American couples. *Violence and Victims*, 1, 141-157.

Crawley, J. y Grant, J. (2005). Emotionally Focused Therapy for Couples and Attachment Theory. *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, 26(2), 82-89.

Díaz, A. M. (2004). Homosexualidad y género. *Cuilco*, 11.

Díaz, A. R. (2002) *Expresión de afectos de hombres homosexuales y heterosexuales hacia su pareja*, tesis, México, Centro Cultural Universitario Justo Sierra.

Eagly, A. H. (1987). Sex differences in social behavior: a social interpretation. Hillsdale, NJ: LEA.

Etchezaha, E. (2014). La construcción social del género desde la perspectiva de la Teoría de la Identidad Social. *Ciência, docência y tecnología*. 25, 128-142.

Fernández, J. (2011). Un siglo de investigaciones sobre masculinidad y feminidad: una revisión crítica. *Psicothema*. 23 (2), 167-172.

- Fernández García, P., García-Vega E., Rico Fernández, R. y Herrero, J. (2008). A reduced version for Spanish youths of the Bem Sex-Role Inventory. III European Congress of methodology.
- Feldman, C. M. y Ridley, C. A. (2000). The role of conflict-based communication responses and outcomes in male domestic violence toward female partners. *Journal of Social and Personal Relationships*. 17, 552-573.
- García-Leiva, P. (2005). Identidad de género: modelos explicativos. *Escritos de psicología*. 7, 71-81.
- Gottman, J. M. y Silver, N., (2000) *Siete reglas de oro para vivir en pareja*. Barcelona. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Gottman, J. M., Levenson, R. W., Swanson, C., Swanson., Tyson, R. y Yoshimoto, D. (2003). Observing gay, lesbian and heterosexual couples relationships: mathematical modeling of conflict interaction. *Journal of homosexuality*. 45 (1), 65-91.
- Graham, J. M. (2008). Self-expansion and flow in couples' momentary experiences: An experience sampling study. *Journal of Personality and Social Psychology*. 95(3), 679-694.
- Heavey, C.L., Layne, C. y Christensen, A. (1993) Gender and Conflict Structure in Marital Interaction: A Replication and Extension. *Journal of consulting and clinical psychology*. 61(1), 16-27.
- Heaven, P. C. L., Smith, L., Prabhakar, S. M., Abraham, J. y Mete, M. E. (2006). Personality and conflict communication patterns in cohabiting couples. *Journal of Research in Personality*. 40, 829-840.
- Holley, R.S., Sturm., V.E. y Levenson, R.W. (2010) Exploring the Basis for Gender Differences in the Demand-Withdraw Pattern. *Journal of Homosexuality*. 57:666-684

Jacobson, N.S. (1990). Contributios from psychology to an understanding of marriage. In F.D. Fincham & T.N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage* (pp.285-275). New York: Guilford Press.

Klinetob, N.A. y Smith, D.A. (1996) Demand withdraw communication in Marital Interaction: Test of Interspousal Contingency and Gender Role Hypotheses. *Journal of Marriage and Family*. 58 (4). 945-957

Kurdek (2004) Are Gay and Lesbian Cohabiting Couples Really Different From Heterosexual Married Couples? *Journal of Marriage and Family* 66. 880–900.

Millwood, M. y Waltz, J (2008). Demand-Withdraw communication in couples: An attachment perspective. *Journal of Couple and Relationship Therapy*. 7:4, 297-320

Montes-Berges, B. (2009). Patrones de comunicación, diferenciación y satisfacción en la relación de pareja: Validación y análisis de estas escalas en muestras españolas. *Anales de psicología*. 25(2), 288-298.

Napier, A. Y. (1978). The rejection-intrusion pattern: A central family dynamic. *Journal of Marriage and Family Counseling*. 4, 5-12

Papp, L. M., Kouros, C. D., y Cummings, E. M. (2009) Demand-withdraw patterns in marital conflicto in the home. *Personal Relationships*. 16. 285-300.

Peplau, L. A. y Fingerhut, A. W. (2007). The close relationships of lesbians and gay men. *Annual Review of Psychology*. 58, 405– 424.

Quintero, R. y Cruz, C. (2016) Prediccion del patrón demanda/retirada en la pareja a partir de la intimidad, la autodivulgación y la duración de la relación. *Revista de psicología social y personalidad*. 32 (1)

Recio, C. y López, M. (2008). Masculinidad y feminidad: división errónea de la persona. *Didactica, Lengua y Literatura*. 20, 247-281.

Rocha-Sánchez, T. y Díaz-Loving, R. (2005). Cultura de género: la brecha ideológica entre hombres y mujeres. *Anales Psicología*. 21, 42-49.

Ross, M. W. (1983) Societal Relationships and Gender Role in Homosexuals: A Cross-Cultural Comparison. *The Journal of Sex Research*. 19. 273-288

Sánchez, R. y Díaz-Loving, R. (2005). Patrones y estilos de comunicación de la pareja: Diseño de un inventario. *Anales de psicología*. 19(2), 257-277.

Schrodt, P., Witt, P. L. y Shimkowski, J. R. (2014). A meta-analytical review of the demand/withdraw pattern of interaction and its associations with individual, relational and communicative outcomes. *Communication monographs*. 81(1), 28-58.

Sullaway, M. y Christensen, A. (1983). Assessment of dysfunctional interaction patterns in couples. *Journal of Marriage and the Family*. 45, 653-660

Tajfel, H. y Turner, J. C. (1986). The social identity theory of intergroup behaviour, pp. 7-24; en Worchel, S. y W. G. Austin (Eds), *Psychology of Intergroup Relations*. Chicago: Nelson.